



Homilía para la fiesta del Santo Fundador

Mons. Gianfranco Agostino Gardin ofm

15 de mayo de 2007

Quiero expresar mi sincero agradecimiento por la invitación que he recibido de presidir esta celebración eucarística el día dedicado a San Juan Bautista de La Salle. Reciban el saludo, por medio de mi humilde persona, también del Dicasterio para la Vida Consagrada. Al mismo tiempo agradecemos de corazón la vida y compromiso Educativo de tan grande y benemérito Instituto.

Permítanme dirigir un saludo al Hermano Álvaro Rodríguez Echeverría con quien tengo relación de gran amistad y estima. Es importante y de todos apreciada su colaboración en favor de la Unión de Superiores Generales. A esto añadimos la gran simpatía de que goza entre todos nosotros.

La exhortación apostólica *Vita consecrata* afirma que los “Capítulos” generales o particulares (o reuniones análogas), tienen importancia especial; en estas reuniones cada Instituto está llamado (....) a discernir, bajo las luces del Espíritu, las modificaciones que convienen para conservar y actualizar su carisma y su espiritualidad propia adecuándolo en las diferentes situaciones históricas y culturales” (n.42)

Ahora bien, si hay un carisma específico de perenne actualidad, es el de ustedes. Nunca se podrá hacer de lado la necesidad y la preciosa tarea de la educación e instrucción de las nuevas generaciones. La propuesta educativa se convierte en un ministerio de extraordinaria importancia en una sociedad cada vez más compleja donde conviven diferentes proyectos de vida que propician la desorientación entre los niños, adolescentes y jóvenes.

Está fuera de duda que ustedes, hijos de San Juan Bautista de La Salle, son dueños de un rico patrimonio espiritual fruto de las intuiciones espirituales de su Fundador, al cual bien se pueden aplicar las palabras del Sirácide que seguramente hemos escuchado: “Todos encomian la inteligencia del sabio, no se le ha de olvidar jamás, su recuerdo nunca se borrará, su nombre permanecerá vivo hasta la última generación”.

Este rico patrimonio espiritual, sigue interpelándonos aun hoy. Sobre todo en circunstancia tan densa de significado carismático, además institucional, como es un Capítulo general que a todos ustedes pregunta: ¿que significa, para nosotros, ser verdaderos educadores, capaces de enseñar antes con la vida que con la palabra o la doctrina? ¿Cómo hacer de manera que nuestras instituciones educativas sean lugares en las cuales se aprenda a vivir como personas maduras, amantes del bien, de la verdad y de la belleza mientras adquieren las nociones indispensables que la escuela debe ofrecer? Y ¿cómo hacer de modo que en nuestras escuelas resuene, de forma eficaz y atenta al contexto cultural, aquella Palabra sin la cuál no se puede creer el anuncio? Así lo dice San Pablo: “¿Cómo van a creer si no han oído hablar de él, y cómo oirán hablar si nadie lo proclama, y cómo van a escuchar si nadie es enviado?”

Han sido “enviados” para forjar personas humanas maduras, capaces de hacer frente al camino de la vida , a menudo difícil, pero también cristianos conscientes de la vocación que viene de Dios. Este es el precioso patrimonio espiritual que ustedes han de alimentar mediante una vida interior sistemáticamente nutrida de la escucha de la Palabra y del encuentro con Dios: “Desde temprano se esfuerza por ponerse en presencia del Dios que lo ha creado; a invocar al Dios altísimo” Sólo el seguimiento apasionado de Jesús suscitará en ustedes aquel amor y ternura hacia los niños, es decir, hacia los destinatarios de esa educación que Mateo nos ha descrito en Jesús como acabamos de escuchar en el Evangelio.

Antes de concluir, subrayo un aspecto que siempre me ha llamado la atención de su Familia religiosa. Ustedes son “hermanos”: el santo Fundador así ha querido a sus educadores, es decir, no sacerdotes, a mi entender, con intuición admirable. Así lo ha descrito el papa Pío XII, a fin de que “no descuiden la enseñanza, convencido que esta función es un medio eficaz para adelantar en la virtud y alcanzar la santidad”.

Permítanme algo más: dentro de la vida consagrada masculina, en donde la gran parte de los Institutos religiosos es clerical, ustedes constituyen un sólido exponente del valor de la consagración religiosa en sí misma: ayudan a que se comprenda que tal modo de vivir es capaz de dar un sentido profundo a la existencia, aun sin sobreponerse, por así decir, al ministerio ordinario.

Por último. La condición de “hermanos” se convierte así en testimonio fuerte y eficaz sobre la valía de la fraternidad. Insisto en esto refiriéndome a las personas dedicadas al ministerio de la educación, que colaboran en las instituciones que ustedes dirigen. Anunciar al mundo el “evangelio de la fraternidad” por medio de comunidades ricas en verdaderas relaciones entrañables, que reunidas en torno a Jesús, constituye una importante misión que la Iglesia confía a la vida religiosa.

A todos ustedes deseo que este Capítulo, por intercesión de San Juan Bautista de La Salle, se constituya en una etapa importante en la vida de esta importante Familia religiosa.